

EL PAPEL DE LA MUJER

Está bien, muy bien, el esfuerzo actual por dignificar a la mujer y equipararla al varón en su dignidad y protagonismo social tras tantos siglos de marginación, sumisión y hasta exclusión en la construcción de la sociedad. No negaremos que la iglesia ha podido contribuir a mantener situaciones en las que la mujer quedaba reducida a la función de “ama de casa”, es decir, a conservar la casa limpia y ordenada para el varón. Y a que no se le reconociera otra misión que la de la maternidad. Hoy sabemos todos que, por grande, digna y dignificante que sea la maternidad, no puede ser de ningún modo la única función de la mujer en la sociedad.

En los evangelios la mujer es sacada de la marginación propia de la época y de los pueblos semitas. La historia de Jesús es la de quien no hace distinciones y, si dignifica a alguien por encima de los demás, es a quienes están incapacitados por enfermedades o prejuicios sociales para desempeñar en plenitud su vocación humana. Entre las mujeres que en los evangelios adquieren un papel único y singular, está la Madre de Jesús, María. Sin su libertad, sin su aceptación autónoma de la misión que se le asigna, no acontece la Encarnación, es decir, la concepción y el posterior nacimiento del Señor. A ella habría que añadir otras muchas mujeres: las que le siguen como discípulas, María la de Betania, Marta, y sobre todas María Magdalena, la que recibe el encargo de ser la primera testigo y anunciadora de la resurrección de Jesús.

No es el hombre quien construya la casa de Dios (David), sino Dios quien construye la casa del hombre. En los tiempos que corren actualmente, el fracaso de los sistemas económicos, los grandes fracasos de la economía y la política –corrupción incluida, con su inconmensurable magnitud- nos invitan ciertamente a esperar la salvación desde otra dimensión no menos real que la económica, aunque menos visible. Esa dimensión se llama Dios. Hemos de aprender de nuevo a contar con el absolutamente necesario y hoy tan explícitamente excluido: “si el Señor no construye la casa, en vano vigilan los centinelas”.

Ese es el gran regalo que esperamos en la Navidad. El regalo de la presencia real y operante del Señor que edifique nuestra casa y nuestra sociedad. Una Navidad sin Jesús, por muchos regalos que entren en las casas, por mucho papá Noel y muchos “reyes” anticipados que distraigan al niño y al adulto durante estos días de vacación o de paro obligado, es una Navidad vacía, en la que, en lugar de la alegría, sólo caben la nostalgia, la añoranza, la tristeza y hasta el miedo por lo que se avecina.

El “no temas, María”, sólo va de la mano de lo dicho previamente: “El Señor está contigo”. No nos faltan motivos hoy para la preocupación y el miedo ante lo que se nos avecina, si no percibimos entre nosotros la gran Presencia, la de Aquel que saca el bien del mal. Saldremos de esta crisis y de tanto descalabro moral del que somos responsables, a la vez que víctimas y testigos. Pero no confiemos sólo en las fuerzas humanas, ni en Europa o en el nuevo gobierno español. Cada uno tendremos que hacer “nuestros deberes”. Y sólo los haremos bien si empezamos a contar en serio con la Presencia y la Acción del que vino, viene y vendrá: el Señor Jesús.



Biblia de los pobres. S. XIV